

La conservación del patrimonio arquitectónico en Norteamérica. Historia de una biblioteca

por Iñaki Ozcáriz y Kathleen Lindstrom



Thomas Crane Public Library, edificio original de H.H. Richardson, 1882

En este artículo presentamos una introducción a la situación de la restauración en Estados Unidos, y como ejemplo concreto, las sucesivas reformas y ampliaciones de una pequeña biblioteca de Henry H. Richardson, cuya historia refleja fenómenos significativos de la restauración en este país. La importancia de su autor y sus cualidades arquitectónicas hicieron de esta obra una de las más admiradas de su

Restoration in North America: The story of a library. In this article, we present as an introduction the situation of restoration in the United States and, as a specific example, the successive reforms and amplifications of a small library by Henry H. Richardson, whose history reflects significant phenomena connected with restoration in this country. The importance of the author and his architectural expertise made this one of the most admired buildings of its time and one whose influence has been decisive.



1. En el ejemplo de la biblioteca de Quincy, las patologías de los muros y cubierta son las normales en un edificio de más de cien años y no son difíciles de reparar. En la foto se pueden observar eflorescencias en la piedra causadas por insuficiente mantenimiento del canal de desagüe
Thomas Crane Library, Quincy (Massachusetts)

2. Reforma de casas en hilera en el ensanche de Boston del siglo XIX



Se dice que en América todo lo que tiene más de cien años ya se considera “histórico”, pero más allá de este tópico podemos encontrar diferentes épocas del patrimonio histórico y reconocer el valor relativo que merecen.

Aunque el subcontinente norteamericano presenta ejemplos de arquitectura muy antigua (existen ruinas de poblados indios con 2.000 años) la mayor parte de la herencia arquitectónica ha sido generada en los últimos cuatro siglos.

Originándose a partir de construcciones derivadas de los estilos europeos que las diferentes oleadas de emigrantes trajeron de sus países de origen, estos estilos se modificaron creando subsiguientes “neos” historicismos. Todo esto, mezclado, creó el llamado “melting pot” (pote de mezclas) arquitectónico que tanto confunde a los restauradores y fascina a los críticos.

Con el paso del tiempo, esta amalgama llegó a generar nuevos estilos en el proceso de adaptación a las necesidades de los diferentes climas, economías o, simplemente, gustos culturales en las distintas partes de EEUU. Por ejemplo: las casas rurales de Nueva Inglaterra, las Shotgun Houses de Nueva Orleans o la Arquitectura de las Misiones en California son estilos generados a partir de una importación cultural que se adaptaron a las peculiaridades de cada región. En algunos casos, gracias a estos procesos metamórficos, se llegaron a crear excepcionales y originales tipos arquitectónicos, auténticamente americanos: Richardson con su libre interpretación de los estilos medievales, Sullivan y sus edificios en altura, Frank L. Wright y sus casas asequibles, entre otros.

Paralelamente, en toda la franja que separaba los territorios colonizados del de los indios, aparece lo que podríamos llamar “Arquitectura de frontera” en la que se generan unas construcciones muy sencillas y funcionales, de estilo propio

y condicionadas por los materiales utilizados como el adobe o la madera.

Hagamos un breve repaso de la evolución de la restauración de este patrimonio para entender mejor con qué criterios se restaura actualmente. En primer lugar, dada la corta historia edificatoria del país, los edificios considerados antiguos no son tan viejos como para excluir en su restauración materiales y sistemas constructivos que todavía se saben utilizar. Así, mucha de la restauración podría considerarse dentro del concepto de “mantenimiento” (figs. 1 y 2). En segundo lugar, el tradicional pragmatismo de los americanos ha producido una arquitectura simple y económica caracterizada por adaptarse rápidamente a las necesidades inmediatas. Esto llevó a que, junto a la convicción de que lo nuevo representaba progreso y lo viejo un obstáculo al desarrollo, se tendiera a la “sustitución”, imponiéndose sobre la rehabilitación o restauración del patrimonio. No es extraño, por ello, que la restauración se limitara durante muchos años a los edificios de autor o a los que simbolizaban un suceso histórico o personaje famoso. El mejor ejemplo que muestra el alcance de esta mentalidad es la demolición de la Penn Station, un paradigma de los grandes espacios públicos del siglo XIX en Nueva York, y su sustitución por el lucrativo Madison Square Garden.

Contrariamente, en el último cuarto de siglo hemos sido testigos de un popular rechazo de la arquitectura moderna y sus ideales urbanísticos, pareja a una vuelta a la tradición y al simbolismo. Como consecuencia, el interés por la restauración de estructuras históricas ha crecido rápidamente y ha afectado a todos los estilos; se restauran edificios Art Decó, construcciones rurales, arquitecturas neoclásicas etc. Incluso reciente y quizás, paradójicamente, se han empezado a res-



3

taurar las obras pioneras del Movimiento Moderno. Por un lado, este vigoroso resurgimiento de la preocupación por los edificios históricos ha abierto los ojos al valor de las múltiples arquitecturas del país. Por otra parte, cierra a menudo el paso a la expresión de una arquitectura contemporánea. Vivimos una época en que la actitud de la mayoría de la sociedad es de preservarlo todo tal como es. En los casos en que hay que renovar, se prefiere reproducir el original sin importar las consecuencias estéticas o funcionales, llegándose al límite en la nueva edificación, en que la tendencia actual exige a los arquitectos la adopción directa de estilos antiguos sin mucho margen de interpretación (figs. 3 y 4).

El ejemplo concreto que aquí presentamos, la Thomas Crane Library de H.H.Richardson, forma parte de una tipología, las bibliotecas libres, que refleja esta problemática. Estos centros, en oposición a las bibliotecas privadas, eran de libre acceso y utilización gratuita. Este nuevo concepto hacía realidad uno de los ideales de la reciente democracia: acercar la cultura a todos los individuos para así “ilustrar” a la sociedad. Fueron creadas en su mayoría por los municipios, aunque un comité de representantes ciudadanos gobernaba estos centros con una fuerte independencia organizativa y económica.

Ya en las primeras bibliotecas libres, fundadas a partir de mitad del siglo XIX, las aportaciones ciudadanas y los fondos municipales apenas cubrían la adquisición de libros y el mantenimiento de los centros. Muchas de ellas se ubicaron en edificios temporales o, incluso, en sótanos de iglesias. Fue por ello que la construcción de los edificios dependiera de aportaciones individuales. Generosos



4

impulsos filantrópicos, típicos de la época, permitieron que muchas de estas construcciones fueran de alta calidad y que su simbolismo y monumentalidad compitieran con los ayuntamientos de los pueblos que las erigían¹.

Estas excepciones a los pragmáticos edificios de la época padecen actualmente un problema. La discontinuidad de las aportaciones privadas hacía difícil su progresiva adaptación a las nuevas necesidades, se acometían las reformas esporádicamente y sin presupuestos adecuados. Actualmente, con el renovado interés por la herencia arquitectónica, en algunos casos el estado ha tomado el papel de benefactor². En Massachusetts, se están llevando a cabo interesantes renovaciones de muchas de estas bibliotecas basadas en la mayor demanda de servicios y los cambios en el tratamiento de la información.

La historia de una biblioteca

La Thomas Crane Library de Henry Hobson Richardson está situada en Quincy, pequeña ciudad al sur de Boston. Es un edificio catalogado en el Registro Nacional de Monumentos Históricos. La importancia de su autor y sus cualidades arquitectónicas hicieron de esta obra una de las más admiradas de su época y su influencia sigue siendo decisiva en nuestros días. La biblioteca, que data del 1882, tuvo una ampliación a principios de siglo y otra en los años treinta. Actualmente, está en fase de proyecto una tercera. Todas ellas han incluido la correspondiente restauración de lo existente. Pretendemos aquí comentar los criterios utilizados en las sucesivas ampliaciones y, especialmente, el impacto que han tenido estas en el edificio original (fig. 5).



5

3. Biblioteca de Eldredge (Massachusetts). Edificio original, 1896 (derecha) y ampliación de Anthony Tappé & Associates, 1992 (centro e izquierda)

4. Bloque de viviendas de nueva construcción cercano a otro del siglo pasado

5. Thomas Crane Public Library, edificio original de H.H. Richardson, 1882

6. Detalle del arco de entrada a la biblioteca

7. Foto de época en que se reconoce la biblioteca majestuosamente en su contexto. La intervención en el espacio verde la realizó F. L. Olmsted. Richardson y Olmsted colaboraron en diversos proyectos dando una singular importancia al papel de los edificios públicos en la ciudad a través del parque público

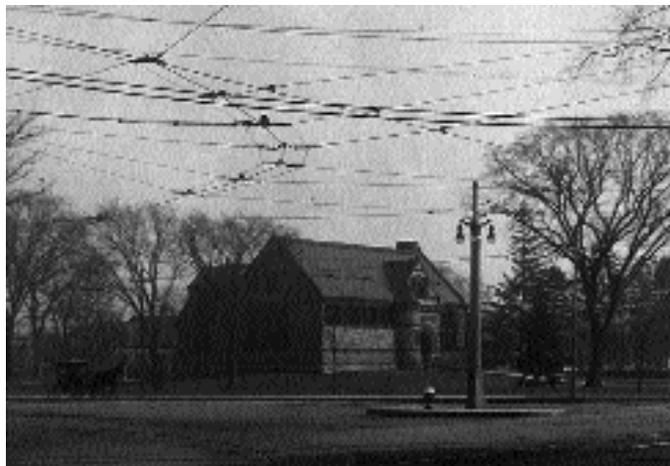
8. Lateral oeste de la nave de Richardson

9. Interior de la nave donde se advierte la asimetría de la sección y su riqueza espacial. La separación de madera servía de control y mostrador de préstamo. Se eliminó con la reforma de Aiken

10. Sala del embajador en la Alhambra de Granada, grabado



6



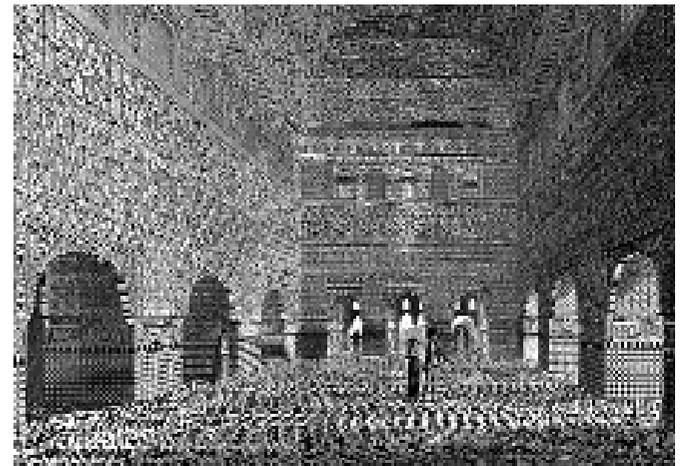
7



8



9



10



11

11. Detalle de uno de los capiteles del edificio original

12. La sobrecarga de libros obligó incluso a tapar dos ventanas de cada módulo de la fachada norte. La renovación de Aiken volvió a revelar la horizontalidad de la fenestración

13. Nave original durante la reforma de Aiken. En la planta baja ja se han sustituido los módulos cerrados por estanterías. La misma operación se completó posteriormente

El autor

H.H.Richardson fue nieto de Joseph Priestly, científico inglés, famoso por descubrir el oxígeno y simpatizante de los radicales de la revolución francesa. En 1794 tuvo que huir de Inglaterra perseguido por sus enemigos ideológicos. Acabó estableciéndose en Estados Unidos, ya que en la joven nación no encontró tanta resistencia a sus ideas.

Quizá por ello no sea casualidad que Richardson, después de estudiar arquitectura en Harvard, fuese a L'Ecole de Beaux Arts en París. Allí combinó estudios y trabajó durante seis años. Desde allí se interesó en el Románico del sur de Francia. Posteriormente, a mitad de su vida profesional, realizó otro viaje a Europa en el que, incluso, visitó España, quedando entusiasmado especialmente por la Catedral de Salamanca³. Estos datos son interesantes porque Richardson es conocido popularmente como el promotor del Neo-Románico en Estados Unidos (fig. 6). De todas maneras, tras un análisis más profundo, muchos críticos le consideran el arquitecto que, por encima de formalismos estéticos, empujó al país a una concepción moderna de la arquitectura⁴.

El edificio original

La ciudad de Quincy decidió construir su biblioteca en 1871, creó su comité de representantes y empezó a recolectar dinero entre los ciudadanos. Pero no fue hasta que la familia Crane ofreció una sustanciosa donación en memoria del difunto Thomas Crane⁵ que se pudo acometer el proyecto (fig. 7). La naturaleza del programa permitió a Richardson una volumetría muy sencilla. La sala de préstamos y la sala de lectura conforman todo el programa y están ubicadas en la misma nave. Con la escalera-torre consigue articular la entrada y

crear una cierta separación de los dos usos, potenciando la asimetría del conjunto. La asimetría se repite en la sección transversal que responde a la orientación, ya que la fachada principal es la soleada. La diferenciación de los espacios en el interior y la volumetría en el exterior deben su riqueza a esa condición asimétrica (figs. 8 y 9).

El cuidado de los acabados exteriores es admirable. La sillería irregular de granito, tiene una textura que hace vibrar los gruesos muros del edificio. La fachada está complementada con elementos escultóricos. Algunos son muy simplificados, como los cuatro vierteaguas de las esquinas, pero otros poseen mucha carga simbólica, un hábil recurso para acentuar la tensión que crea la asimetría de la fachada principal.

El interior es otro mundo en contraste con los pétreos muros exteriores. Todo está recubierto de madera con detalles tallados en pino de Carolina del Norte. Este espacio es como un delicado tesoro dentro de un robusto cofre y recuerda ciertos interiores árabes como los que se pueden encontrar en la Alhambra (fig. 10). Para completar la diferenciación de espacios utiliza celosías y barandillas. Es en el eclecticismo del interior donde más se manifiesta que sus influencias no fueron únicamente románicas⁶. La decoración está inspirada en arquitecturas históricas pero combinadas en una amalgama muy personal. Richardson supervisó de cerca todos los detalles y los particularizó hasta el punto de representar plantas autóctonas de Quincy en los capiteles (fig. 11) En el interior, consiguió integrar estrechamente arquitectura y artesanía. Diseñó el mobiliario y trabajó con artistas importantes de la época, como John La Farge, al que le pidió que realizara los vidrios emplomados.



12

La primera ampliación: Aiken 1908

En 1906, 24 años después de acabarse la biblioteca, Charles F. Adams, presidente del comité de ciudadanos, escribió a la familia Crane, explicándoles los problemas que planteaba la biblioteca ya entrado el nuevo siglo. En la carta indicaba como los 26.000 volúmenes estaban embutidos en un espacio previsto para 12.000. También criticaba la falta de luz, especialmente en el espacio dedicado a préstamo y depósito de libros. Finalmente, se consiguió otra donación de la familia Crane para ampliar y reformar la nave original (fig. 12).

Más luz: Primero se quitaron los vidrios de colores emplomadas de La Farge colocadas en la fachada oeste y se trasladaron al nuevo espacio. Se substituyó el sistema de alcobas por uno de estanterías, que permitió que la luz fluyera más libremente por los espacios y se percibiera el espacio mas abierto. Desafortunadamente, las pilastras que separaban las alcobas perdieron su papel de pilastras y pasaron a ser columnas exentas, creando un efecto extraño (fig. 13).

Más espacio: Como Richardson había muerto hacía 20 años, se encargó el proyecto a William M. Aiken, un arquitecto que había trabajado en su despacho. Los criterios para ubicar el nuevo volumen ya estaban implícitos en los primeros bocetos que realizó Richardson para el edificio original (fig. 14). Se encargó a Aiken doblar la superficie del área de deposito de libros con una nueva ala.

Esta ampliación respeta, por un lado, la escala e inclinación de las cubiertas y adopta el mismo sistema de bandas horizontales continuando el contraste de granito y piedra caliza roja. Por otra parte, introduce algunas variaciones importantes respecto de la obra de Richardson. La nueva ala es simétrica, evitando el pintoresquismo que provocaría una mimesis directa de la

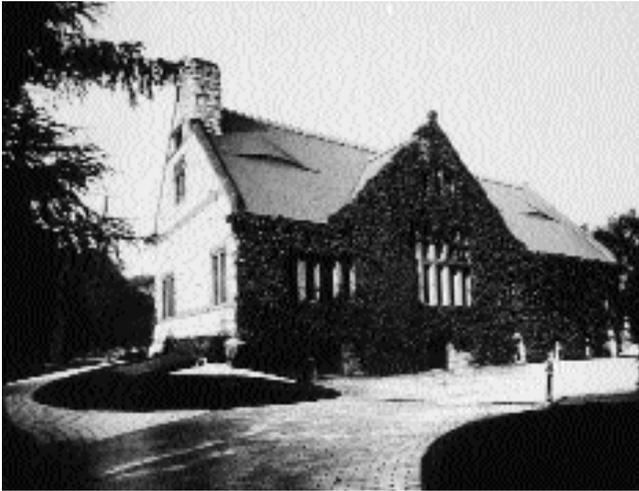


13

asimetría richardsoniana. Esta característica no contradice la lógica de la orientación porque el eje del nuevo volumen se orienta norte-sur, con lo que hace innecesario una diferenciación de las fachadas. En las fachadas laterales, que hubieran sido bajas dada la inclinación de las cubiertas, Aiken dispone un gran ventanal de tres niveles de altura con el proposito de introducir luz (fig. 15). Se podría criticar que estos ventanales, asimilables al muro cortina actual, son demasiado altos, comparados con las proporciones del edificio al que se conectan. De todas maneras, Aiken consigue con este recurso que el interior de la nueva ala esté realmente iluminado. La entrada de luz es importante ya que el espacio interior tiene dos niveles de altillos llenos de estanterías (fig. 16).

Con su nueva organización funcional, Aiken no necesita disponer ningún uso bajo la cubierta, con lo que el espacio es mas vertical y unitario. Este hecho, junto con un desnivel de tres escalones entre el nuevo piso y el de Richardson, provoca que no haya un excesivo flujo espacial entre las dos naves (fig. 17). Estos recursos para diferenciar lo nuevo de lo viejo se pueden interpretar como otro gesto de respeto a la obra del maestro. El desnivel también se produce para conseguir un semisótano más alto e iluminado en el que se pudo ubicar la biblioteca de niños, una nueva necesidad de la época (fig. 18) El sótano de Richardson, de poca altura, sólo proveía espacio para los empleados y servicios técnicos, y siguió manteniendo esa función.

En resumen, la ampliación de Aiken refleja satisfactoriamente que no es una simple copia del original hecha por otro arquitecto, sino que es un volumen que se integra con el existente sin perjudicarlo, creando, a la vez, un contraste de estilos en armonía de escala y de materiales. Es, al mismo tiempo, un



14

reflejo de los diferentes sistemas de construcción y nuevos requerimientos funcionales de la época.

La ampliación de Coletti. 1939

La ampliación de los años treinta, subvencionada, esta vez, mayoritariamente, por el gobierno federal⁷, responde a las nuevas necesidades de espacio con un criterio muy claro de intervención. Los arquitectos, los hermanos Coletti, no plantean una relación directa con el conjunto existente, sino que lo conectan a la nueva ampliación por un corredor cerrado a modo de cordón umbilical. Esto, en el fondo, es muy positivo ya que el pequeño conjunto Richardson-Aiken no hubiera absorbido fácilmente otra ampliación. Esta estrategia, comparable al concepto de campus, se ha desarrollado mucho en EEUU, donde edificios de una misma institución se ubican en la misma área, cerrada al tráfico y unidos entre sí por medio de corredores y puentes. La característica más importante del interior de la ampliación es que cuida de que la sala de lectura esté muy iluminada y dispone de una organización funcional parecida a la del conjunto anterior.

A partir de ahí, se acaba todo lo positivo de la propuesta de los hermanos Coletti. La articulación de los elementos es copiada directamente de Richardson, cambiando simplemente los formalismos o la geometría, pero con tan poca habilidad que la torre de escaleras parece añadida “a posteriori” y la asimetría de la fachada resulta ciertamente ingenua (fig. 19). Las aberturas de ventilación con forma de ceja, magistralmente utilizadas por Richardson en su cubierta, son, aquí, usadas como un elemento repetido que anula la originalidad de sus predecesoras.

Esta intervención absorbió muchas funciones con consecuen-

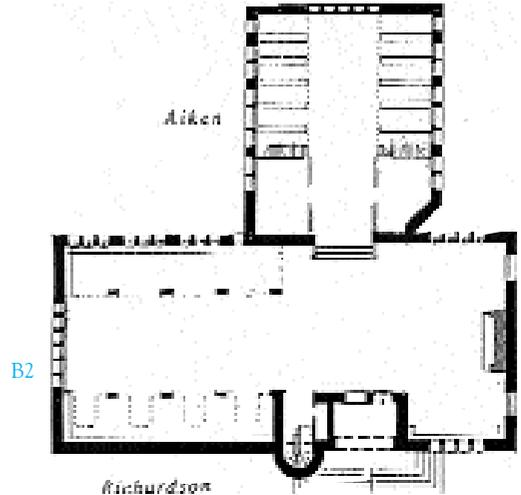
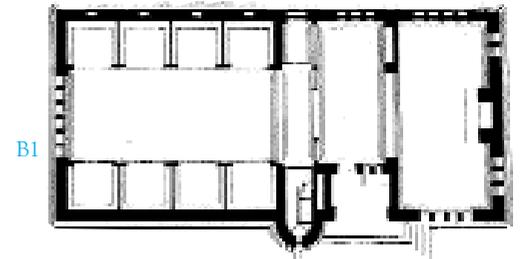
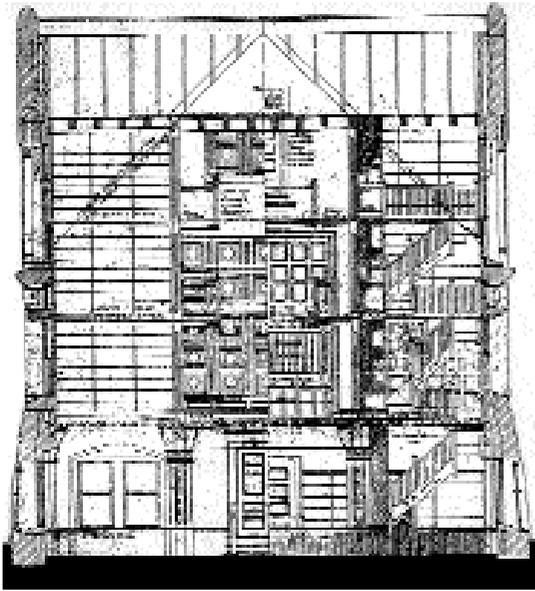


15

cias desafortunadas para las partes existentes. Una de ellas fue la transformación de la biblioteca de niños del semisótano a uso administrativo cerrado al público. Eso obligó a cortar los tramos de las dos escaleras que lo comunicaban con la planta baja, perdiendo el ala Aiken esa riqueza de recorridos en todos sus niveles. Por otro lado, el corredor que conecta la ampliación con el edificio de Richardson se une a éste, justo por la sala de lectura, junto a la chimenea, anulando el carácter familiar y reservado de ese espacio. También se anuló la entrada original y actualmente se accede por la nueva ampliación.

La intervención de CBT.¿1997?

La historia se repite y a los 60 años de acabada la última ampliación, vuelve a aparecer el fantasma de la falta de espacio y la necesidad de mejores servicios. El comité cívico, aprovechando unas ayudas estatales, ha planteado una macroampliación. Otra vez hay que doblar la superficie, además de reformar las partes antiguas y eliminar sus barreras arquitectónicas. El proyecto de arquitectura, encargado a Childs, Bertman & Tseckares, un despacho especializado en restauración, está en estos momentos en realización, pero ya se han definido las líneas maestras de la intervención (fig. B4). El arquitecto responsable del proyecto, Chris Coios, comenta que el criterio para una intervención de esta dimensión ha sido mantener la independencia espacial de las ampliaciones respecto al edificio original⁸. Así, han planteado un nuevo edificio que absorberá una gran parte del vasto programa. Este nuevo volumen, aunque adquiere una escala considerable se situará detrás del edificio de Coletti y no se verá desde el volumen original. En cuanto a la imagen exterior, el condi-



14. Fachada posterior por donde Aiken amplió la biblioteca

15. Ampliación de Aiken

A. Sección transversal de la ampliación de Aiken, 1908

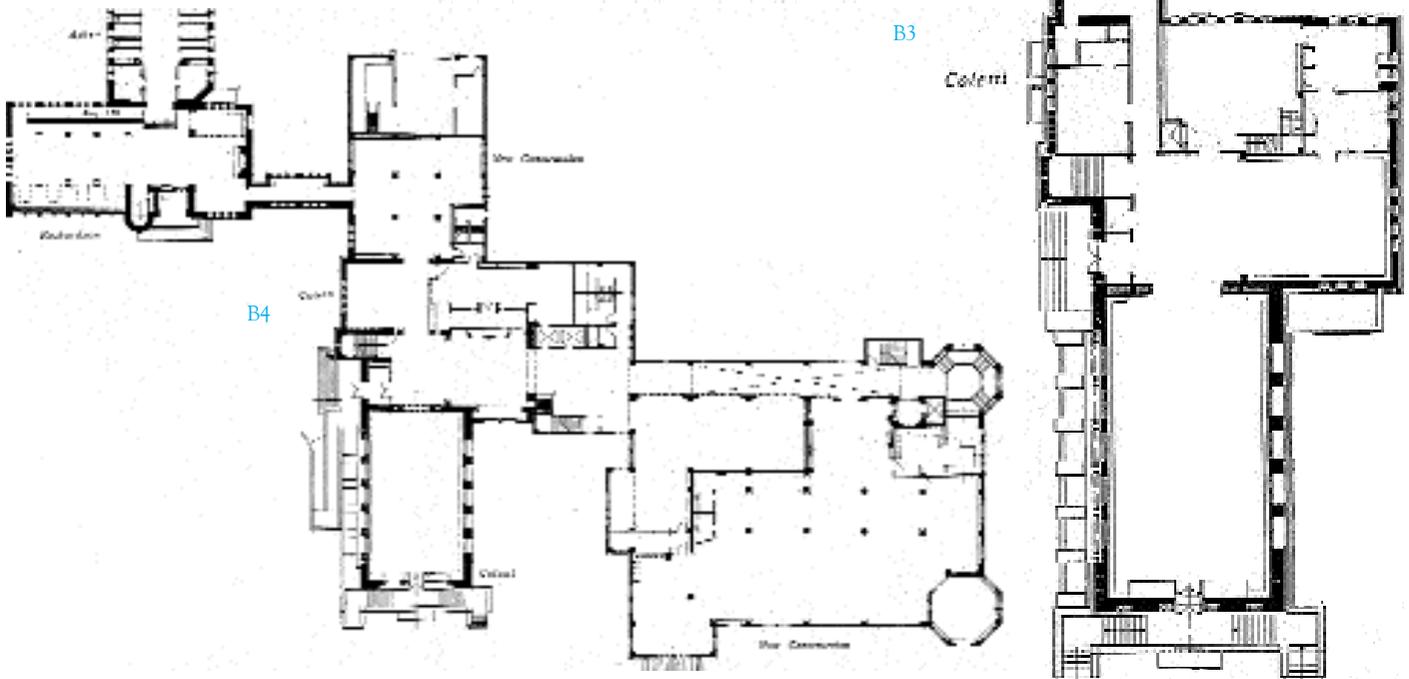
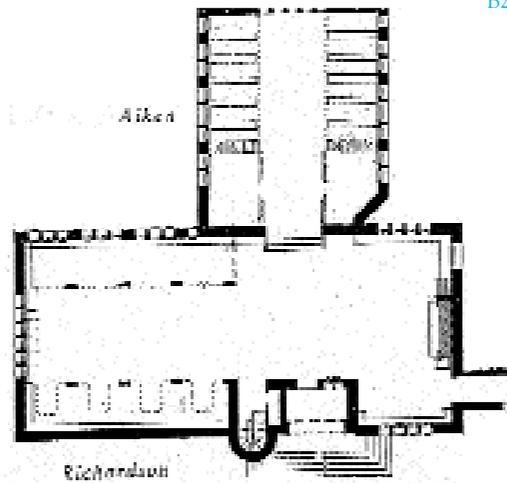
B. Las diferentes ampliaciones de la biblioteca

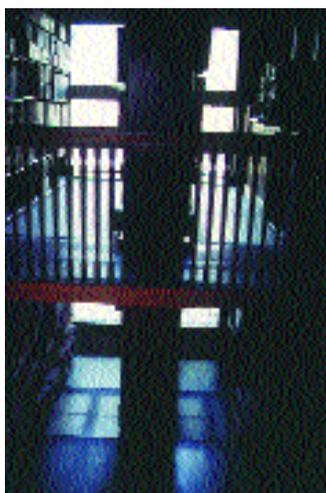
B1. Edificio original, 1882

B2. Ala adosada de Aiken, 1908

B3. Ampliación de los hermanos Coletti, 1939

B4. Ampliación de Childs-Bertman-Tseckares, en proyecto





16. El innovador sistema de estanterías es una estructura metálica ligera que además de sostener libros soporta los altillos y arriostran la nave. Los altillos a su vez disponen de pasarelas de vidrio para no obstaculizar la entrada de luz

17. Triple espacio en la nave de Aiken

18. Sótano de la nave de Aiken con la biblioteca de los niños

19. Fachada de acceso de la segunda ampliación, Hermanos Coletti, 1939

cionante más importante es el deseo del cliente de continuar la estética de Richardson.

El criterio funcional es muy complejo y se sale del objetivo de este escrito, tanto por su dificultad en organizar el programa en edificios de épocas diferentes como por la inclusión de nuevas funciones propias de las bibliotecas actuales, que incluyen actividades cívicas y culturales. Lo que sí nos interesa conocer es cómo el edificio original de Richardson se volverá a transformar con esta intervención. Con la ampliación de Coletti, el conjunto Richardson-Aiken había reducido su función básicamente a referencia-consulta, que es su función actual. En la futura organización, dicho conjunto pasará exclusivamente a sala de lectura. Hasta aquí podríamos decir que es un cambio satisfactorio ya que el pequeño volumen que construyó Richardson sigue manteniendo, después de 115 años, su uso primordial y lo que es más importante, su presencia emblemática en la ciudad, sin alteraciones significativas en su volumetría ni en la relación con el entorno.

Sin embargo, la restauración plantea un problema serio, todavía no resuelto por los arquitectos. Todos esos fabulosos altillos de Richardson-Aiken no van a poder ser utilizables para depósito de libros, ni siquiera libros de archivo ya que las normativas, entre otros requerimientos, obligan a que todo el espacio del edificio sea físicamente accesible a cualquier persona (sin exceptuar el personal). La alternativa implicaría ubicar un ascensor, escaleras de incendios y barandillas más altas que las actuales (60 cm.). Este problema está llevando de cabeza a los arquitectos y según ellos, “la solución arquitectónica es muy difícil dada las circunstancias preservacionistas y las restricciones de presupuesto. Probablemente tendremos que anular el uso de los altillos”. Pero entonces, se plantean

las siguientes incógnitas: ¿Como se percibirá el espacio si no se puede recorrer desde otros niveles? ¿Cómo se percibirá ese espacio si no hay vida en los altillos? ¿Y sin libros? ¿Se llenarán las estanterías de libros falsos?... Veremos.

Otro problema ha aparecido con una intervención de mantenimiento que se realizó hace 15 años. Se instaló un sistema de aire acondicionado, colocando los conductos de manera que anulan el espacio bajo cubierta de Richardson, justo encima de la sala principal. Este espacio, que dispone de las elegantes aperturas tipo cejas, originalmente, contenía la sala de reunión del comité y el archivo.

Con todas estas restricciones, se está llegando a la contradicción de que casi la mitad del edificio original no se podrá utilizar, dificultando, además, el mantenimiento natural que da el uso continuado de los espacios. Si preservar también quiere decir conservar la lógica del edificio para que dure cien años más, y no sólo conservar las imágenes más simbólicas, hay que actuar decididamente y no tener miedo de introducir nuevas tecnologías que mantengan el edificio vivo. Cualquier otra actitud puede anular la valiosa experiencia espacial de esta obra de Richardson y su colaborador. El empuje de los clientes en 1908 para modificar atrevidamente el volumen original, y la armonía entre tradición y tecnología en la intervención de Aiken, son lecciones inestimables.

Se puede afirmar que, actualmente, las intervenciones en los edificios históricos, están regidas por una serie de actitudes sociales y culturales en las que el arquitecto es el último eslabón en imponer una ideología de la restauración. Así, su papel se reduce a continuar la línea estética del edificio existente para, supuestamente, no “herir” la sensibilidad estética de los ciudadanos, ni sus valores patrimoniales. Por otro lado, la



18



19

limitada antigüedad de los edificios originales y los cortos periodos de tiempo entre reforma y reforma hacen que la relación “nuevo-viejo” sea relativa y, por ello, delicada. En este contexto son impensables actitudes muy comunes en Europa en las que lo nuevo destaca por su vigoroso contraste con lo viejo.

Edificios de no más de tres siglos... el país ha crecido muy rápido... los proyectos son muy grandes... a la gente le gusta lo antiguo..., parece ser que en cuanto a restauración, con pocas excepciones, las circunstancias hacen la arquitectura y no se hace arquitectura de las circunstancias. 🏛️

NOTAS

1. No es de extrañar que muchas bibliotecas tengan nombre de industriales o personajes ilustres. Por ejemplo, la Ames Library en North Easton, Massachusetts, fue erigida en memoria del magnate del ferrocarril. Esto desembocó en una ambigua mezcla de biblioteca y monumento-homenaje.
2. Actualmente, Massachusetts es de los pocos estados del país que dispone de un programa de ayudas a bibliotecas públicas. En 1987 empezó un programa al que se presentaron 140 bibliotecas del estado. Una buena parte de ellas se han restaurado o lo están haciendo. Desafortunadamente las condiciones políticas no aseguran la continuación de este programa en el futuro.
3. El edificio más importante de Richardson, “Trinity Church” en Boston fue inspirado directamente en el ábside de la Catedral Vieja de Salamanca.
4. Lewis Mumford en su libro “The Brown Decades” analizó las obras de Richardson. En él concluye que la utilización del románico y el gótico es un recurso formal para dotar al edificio de la carga simbólica exigida en la época. Pero la fenestración, la utilización de los materiales y la expresión de las funciones interiores en el exterior son rasgos de una indudable modernidad
5. Thomas Crane fue un empresario que vivió su juventud en Quincy, donde aprendió la talla de la piedra. A los 26 años se

trasladó a Nueva York, pero siguió pasando temporadas visitando su pueblo y su familia. Allí montó un próspero taller de pedrero, vendiendo granito de Quincy. En 1880 su viuda e hijo ofrecieron una importante donación para construir una biblioteca en su honor. Nótese el retrato que aparece en la imagen antigua de la figura nº 9

6. Spiro Kostov opina que el románico es el estilo más visible pero que las influencias de Richardson son múltiples, y cita como ejemplo los arcos redondos de las primeras iglesias cristianas en Siria.
7. La agencia federal del gobierno de Franklin D. Roosevelt, la Works Progress Administration, que operó durante la depresión, subvencionó esta ampliación.
8. En esta decisión se pasó por encima de las recomendaciones de los especialistas en bibliotecas consultados por CBT que recomendaban un tipo de ampliación que maclara todas las piezas existentes en una sola. En este aspecto cliente y arquitectos han estado de acuerdo.

Bibliografía

- BREISCH, KENNETH ALAN, “Small Public Libraries in America 1850-1890: The Invention and Evolution of a Building Type”, PhD Dissertation, The University of Michigan, 1982.
- HALLER, MARGARET E., “Libraries in New England”, Fiskdale, MA: Bookcraft, 1991.
- HILL, L. DRAPER, JR., “The Thomas Crane Library, Quincy, MA: Trustees of the Thomas Crane Public Library”, 1962.
- HITCHCOCK, HENRY RUSSELL, “The Art of H. H. Richardson and his times”, Hamden, CT: Archon Books, 1961.
- KOSTOF, SPIRO, “A History of Architecture”, Oxford: Oxford University Press, 1985.
- MUMFORD, LEWIS, “The Brown Decades; a study of the arts in America, 1865-1895”, New York: Harcourt, Brace and Company, 1931.
- OCHSNER, JEFFERY KARL, “H. H. Richardson, the complete architectural works”, Cambridge, MA: MIT Press, 1982.
- VAN RENSSELAER, MARIANA GRISWOLD, “Henry Hobson Richardson and His Works”, New York, NY: Dover, 1969.

